

Fernández Riquelme, P. (2022)
El discurso reaccionario de la derecha española.
De Donoso Cortés a VOX.
Editorial Doble J
ISBN: 978-84-96875-75-3

Ve la luz este estudio sobre el discurso reaccionario español, del profesor Pedro Fernández Riquelme. Se trata de un trabajo ambicioso, que abarca en su análisis discursivo los principales hitos del pensamiento reaccionario español —o «retroaccionario», como propone su autor—, desde su surgimiento en el siglo XIX hasta la actualidad. La portada, de Antonio Fernández Riquelme, es un verdadero logro. José del Valle, autor del prólogo, encuadra el trabajo dentro de las necesidades de las ciencias sociales por examinar fenómenos sociopolíticos de suma complejidad. Así, el libro se dispone en diez capítulos, culminados con unas notas al final (pp. 189-206), útiles para profundizar en una ampliación de los aspectos tratados y una bibliografía extensa (pp. 207-215), pero también selecta, que da cuenta del origen abigarrado de las fuentes consultadas.

La «Introducción» (pp. 1-15) parte de un diagnóstico: el blanqueamiento del franquismo que —aunque parezca más achacable a los tiempos actuales— tiene ya su alargada sombra en nuestra reinstauración democrática (o Transición), o quizá todavía antes, en los primeros sesenta del siglo XX, donde cuaja el ideologema de la «reconciliación nacional» (Núñez Seixas, 2005). El texto introductorio fija de una manera divulgativamente muy acertada algunos de los principales conceptos que servirán de utillaje analítico, como el par ‘acción-reacción’ o el sustantivo ‘reaccionario’, que no parece genuinamente español, pues —con muchos matices diferenciales— se extiende casi mundialmente, en especial dentro del llamado Occidente. En toda la caracterización del pensamiento reaccionario, el profesor Fernández Riquelme se sirve, como ya se ha dicho, de una bibliografía prestigiosa y consolidada, herramienta que permite al profesor murciano llegar a una excelente condensación de las lecturas de dicho pensamiento, pues

desde la interpretación histórica a través del discurso desde el siglo XIX hasta la actualidad el sector más conservador de la sociedad española ha utilizado el lenguaje verbal, primero, para instigar y, después, para legitimar las acciones armadas que impidieron la instauración de un Estado plenamente democrático, republicano, igualitario, próspero, aconfesional y unido en su diversidad (p. 3).

Se enfatiza, por tanto, que el lenguaje en discurso es necesario, también para legitimar la violencia política, posiblemente porque la disciplina no es tan eficaz si solo tiene ante sí las armas disuasorias y letales. Parece imprescindible un discurso que amedrente e identifique a amplios grupos humanos, pues la reacción sabe de la premisa que constituye lo ideológico como

un sistema que reclama la verdad, es decir, que no es simplemente una mentira, sino una mentira que se vive como verdad, una mentira que pretende ser tomada seriamente. La ideología totalitaria ya no tiene esta pretensión, ya no pretende ser tomada seriamente, ni siquiera por sus autores, su estatus es sólo el de un medio de manipulación, puramente externo e instrumental; su dominio está garantizado, no por el valor de verdad, sino por simple violencia extraideológica y promesa de ganancia (Žižek, [1989]2003, p. 58).

Es decir, antes de tener el poder total, la reacción precisa de discursos ideológicos; una vez en sus manos, ya no tanto, aunque por un mínimo de decoro social se diga que todo se hace por el bien y la seguridad de la ciudadanía.

Como piedra angular del discurso reaccionario español, el telón de fondo permanente es la desigualdad del Antiguo Régimen, articulada en torno al binomio *trono y altar*, centrado en la construcción de una España singular, víctima de conspiraciones, mediante la llamada a rebato contra las fuerzas externas (sean antes los moriscos, los turcos, los afrancesados, o ahora Venezuela o los soronianos). Estamos ante un movimiento sintomático de la reacción española, vinculada sempiternamente con el catolicismo, en lucha constante contra cualquier atisbo de laicismo *de facto*, tanto que, en la prestigiosa Constitución de 1812, art. 12, se dice que «[l]a religión de la Nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, como única y verdadera» (p. 9).

El estudio se estructura metodológicamente a partir «de un análisis semántico-pragmático con enfoque crítico» (p. 15). Para ello recupera la obra de Rossi-Landi (1980), amplitud teórico-metodológica que permitirá a Fernández Riquelme adecuar su perspectiva a la búsqueda de una continuidad en las coincidencias de las propuestas reaccionarias, mediante el análisis de un denso corpus documental configurado por declaraciones de políticos, argumentarios de partidos, manifiestos, noticias, entrevistas o artículos de prensa.

I, «Retórica afrancesada versus retórica conservadora. El fracaso de las revoluciones liberales en la España del siglo XIX» (pp. 1-39), continúa el análisis, radicado especialmente en la disputa por la españolidad, patrimonio sentido como propio por cualquiera de las facciones políticas en conflicto, tanto desde las defensoras del Antiguo Régimen como

desde las diversas apuestas políticas que luchaban por instaurar un proyecto liberal. Ahí comienza precisamente la andadura del término ‘junta’, que implica un traslado semántico de la soberanía, desde la monarquía (el Soberano) hasta el pueblo soberano. En todo este contexto, ese pueblo simbólicamente soberano liquidó inopinadamente todo aquello que fuese «afrancesado» o que recordara al invasor francés (así lo sufrieron las élites locales de médicos, de maestros o de boticarios). Era un tiempo donde los discursos eran perseguidos, ocultados, eliminados y denostados agriamente.

Así, el magma revolucionario de Rousseau, Montesquieu o Voltaire parece desembarcar en España mediante los escritos de José Marchena y Ruiz de Cueto, político activo, escritor, que crea falsariamente un *Satiricón* o un *Ensayo de Teología*, que —desde su ateísmo doctrinal— será catalogado a la postre por Marcelino Menéndez y Pelayo como «propagandista de impiedad, sectario intransigente y fanático, de influencia diabólica y talento estragado por la impiedad y el desenfreno», síntomas de formaciones discursivas que serán impuestos a todo disidente de esa hegemonía católica en España. Por ello, serán aniquilados los textos igualitarios de Pedro Rodríguez de Campomanes, quien afirmó, valientemente, que en los hombros del tercer estado, del pueblo llano, descansa el Estado, como clases productivas que son. En 1765 publicó el *Tratado de regalía de amortización*, texto donde diagnostica la imposibilidad de la igualdad en un país donde la posesión de bienes está tan polarizada. Sin embargo, la reacción comenzó ya a disputar la propiedad de conceptos como ‘nacional’, ‘patria’, ‘patriota’, ‘patriotismo’, que en sus inicios eran términos asociados a los miembros del pueblo llano.

Pasado el tiempo, este conjunto léxico fue arteramente imantado por las derechas reaccionarias, que —en todo caso— han sabido atraerse una fijación de significados concretos para casi todo lo que tenga que ver con razones y sentimientos comunitarios, también destruyendo sentidos positivos, como en el caso de ‘anarquía’ y de ‘anárquico’, ya en nuestra lengua en el XVII, pero que pasarán a irradiar terror, destrucción y muerte. En la reactualización semántica de los discursos religiosos, se activó la ‘guerra santa’, en aquel entonces contra los afrancesados, como guerra de Dios que reiniciaba la insistencia en la identidad española como resistencia y victoria contra los reinos musulmanes. Con ello, se excitaba un primitivismo violento, o conmigo o contra mí, propio de la siempre llamada Cruzada, como se verá.

Buena parte del capítulo se desarrolla alrededor del término ‘liberal’, que comienza su andadura en España como sinónimo de ‘filosófico’ y ‘reformador’, pero que con el tiempo acogerá en su matriz sociosemántica otros términos como ‘herejes’, ‘ateístas’, ‘impíos’, ‘jansenistas’, ‘francmasones’, ‘jacobinos’, ‘filósofos modernos’, siempre espetados por los absolutistas, que comenzaron a llamarse ‘serviles’, partidarios del absolutismo monárquico frente a ‘liberales’, seguidores del principio constitucional.

En esa pugna signica, se crearán nuevos pares dicotómicos, como ‘progreso’ vs. ‘atraso’, de modo que el repertorio léxico operativo en la matriz reaccionaria se adscribirá a la esfera de lo eterno, de lo inamovible, de lo natural e incontestable, de lo

ahistórico y de lo rotundamente cierto (pp. 20-21). En esa misma línea, parece actuar el binomio pendular 'libertad' y 'orden', pues las fuerzas de los privilegiados conservadores prefirieron entender el orden como garantía de sus prebendas y la libertad como caos que amenazaba sus formas de vida, haciendo creer —además— que también destruiría las vidas de los demás españoles (p. 23). Ese orden se agrupó esencialmente a partir de la ortodoxia religiosa católica. Contra ese orden, Pedro Fernández Riquelme destaca *La reacción y la revolución*, de Pi y Margall (1854), posiblemente «el intelectual que con más acierto teórico polemizó constantemente con el pensamiento reaccionario y conservador español» (p. 25).

Parte también de este capítulo se dedica a examinar cómo los discursos en conflicto se iban afiliando a la creciente partidocracia, de manera que lo reaccionario tendrá que defender cada vez más su anclaje monárquico y católico, frente a un progresismo que irá abriéndose a otras vías que contemplarán el asociacionismo obrero como remedio a los males tradicionales de España. Tanta será la fuerza del entramado católico que, igual que quedó vinculado constitucionalmente a España en 1812, persiste, hasta el punto de que —durante la proclamación de la I República, en febrero de 1873— un poema popular decía «Si la República viene / No habrá quintas en España / Por eso aquí hasta la Virgen / Se vuelve republicana» (p. 31).

A medida que avanzaba el XIX, la burguesía comienza a moderar sus posiciones y, consiguientemente, sus discursos, que dejan de ser frontalmente opuestos a los del Antiguo Régimen, dado que sentían el peligro obrero contra sus posiciones, pues quienes tenían que pagar más, querían pagar bastante menos, en clara imitación de clase de la vieja aristocracia y del alto clero. Es decir, planteaban la democracia, pero solo hasta cierto punto. No de otra forma se entiende que, ante los avances de las reivindicaciones de las clases populares, de las diversas ideas revolucionarias o del movimiento cantonal, la reacción se viese incrementada sirviéndose de nuevos elementos, característica que se observa asimismo en tiempos hodiernos en que el ultraderechismo, el neofascismo, el posfascismo —o como quiera rotularse— se está naturalizando en muchos estados del mundo, ampliándose con la adhesión clara o encubierta de nuevos adeptos.

De ese modo, es sintomático comprobar cómo Emilio Castelar, seguramente quien más eficazmente actuó contra el movimiento cantonal, se refugió simbólicamente en la eternidad metafísica de España («antes que a la libertad, antes que a la República, antes que a la federación, antes que a la democracia, pertenezco a mi idolatrada España», p. 35). Maduraba de este modo lo que con el tiempo ha dado en llamarse discurso populista, según Fernández Riquelme. En ese sentido, el autor de este libro desmenuza con mucho tino la reinterpretación del movimiento cantonal por parte de la derecha reaccionaria como un atentado intolerable a la unidad de España, ocultando su carácter popular de clase, que llevó a derogar la pena de muerte, a legalizar el divorcio, al reconocimiento del derecho al trabajo o a la jornada laboral de

ocho horas. Así, en los estertores de la I República se aprecia cómo muchos términos políticos se habían ido deslizado hacia una semántica discursiva reaccionaria, ajena a sus orígenes, caso de 'liberal', todavía contestado en folletos como *El liberalismo es pecado* (1884), del sacerdote Félix Sardá y Salvany.

Frente al carácter heteróclito y sumamente abarcador del primer capítulo (desde la presencia directamente franconapoleónica hasta la reinstauración borbónica del último tercio del XIX, el capítulo II, «Donoso Cortés y Menéndez Pelayo: la construcción del discurso reaccionario» (pp. 41-49), está dedicado a figuras selectas del pensamiento reaccionario español, aparte de Juan Donoso Cortés o Menéndez Pelayo, también a Jaime Balmes. En este apartado, se observa cómo se hacen más profundas las bases ideológicas del integrismo católico como identidad de lo español, de modo que no ser católico suponía no ser español o incluso antiespañol. En no poca medida, esa construcción de la españolidad se asienta en textos del extremeño José Donoso Cortés, *Memoria sobre la situación actual de la Monarquía* (1832), *Discurso de la Dictadura* (1849) o *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* (1851), a través de lo que ha venido en tildarse LNC, lengua del nacionalcatolicismo, que recientemente se ha visto interpretada como notoria influencia en Carl Schmitt, unos de los grandes ideólogos del nacionalsocialismo alemán. Donoso Cortés llegó a escribir que:

El liberalismo y el parlamentarismo producen en todas partes los mismos efectos: ese sistema [...] es el mal, el mal puro, el mal esencial y substancial. Eso es el parlamentarismo y el liberalismo. Una de dos: o hay quien dé al traste con ese sistema, o ese sistema dará al traste con la nación española (*apud* Fernández Riquelme, 2022, p. 43).

Nada como blandir la amenaza inminente para activar la reacción, el miedo, las dicotomías fabricadas. Ello recuerda el conocido teorema de Thomas y Thomas (1928), pues cuando una situación es percibida como real, es real con todas sus consecuencias, de manera que, en el caso que estudia el profesor Fernández Riquelme, la reacción es ante todo activación emocional, o lo dado o la nada, el desastre, la desaparición; por eso la reacción precisa del omnipresente concepto de 'unidad', imbricado en esa LNC o lengua del nacionalcatolicismo, como precedente de lo que ya en pleno siglo XX, Viktor Klemperer ([1947]2012) llamó en la Alemania nazi¹ la LTI, o *Lingua Tertii Imperii*, que en España significó unidad de creencias en Jaime Balmes, menos belicoso que Donoso, pero bien activo en la implantación identitaria de *trono y altar*. Así, cualquier apertura liberal fue contestada contundentemente por la reacción como algo extranjero y consiguientemente antiespañol, pues destrozaría la nación. Esa equivalencia de España con el ser católico la ratificará Menéndez Pelayo en su conocidísima

¹ Resulta sumamente interesante cotejar cómo gran parte de esos procedimientos fueron también activados por el Imperio Romano, cuyas bases retóricas operan también para la actual globalización (Conde, 2008).

Historia de los heterodoxos españoles, reafirmando, de paso, una división explícita entre buenos españoles (ensalzadores del pasado imperio y del contrarreformismo de Trento) y malos españoles (antiespañoles o incluso apátridas), división luego usada abundantemente por los fascistas españoles, toda vez que esa reacción del siglo XIX fue madurando una retórica de la exclusión, en continuo reseteo cuando surgían nuevos grupos sociales e ideológicos que pudiesen llegar a transformar las bases de ese edificio español reaccionariamente constituido.

Del capítulo III, «La crisis del 98 y la retórica del alma española» (pp. 51-59), destaca la mayor carga teórica de su contenido, con menciones y citas al pensamiento de Gramsci, Marx o Foucault; también porque se anticipan ejemplos estratégicos que remiten a los tiempos actuales, caso de la explicación del término 'libertad', banalizado por parte de la actual presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso (pp. 54-55). Se trata de una cuestión que ilustra un procedimiento particularmente presente en las derechas, la apropiación semántica mediante simplificación, pues se sabe bastante bien que términos o sintagmas dotados de una profunda carga igualitaria como 'educación pública' (Di Stefano, 2009) o 'igualdad de oportunidades' (Rendueles, 2020) quedan domeñados para gestionar un Estado social que, *de facto*, no fomenta sinceramente las oportunidades para las clases populares ni se toma en serio la educación pública como una institución verdaderamente equilibrante de la desigualdad de clase.

En cualquier caso, este capítulo toma sentido como análisis de un conjunto textual que, de una manera u otra, iba anunciando lo que sería el fascismo o Estado total como sistema político articulado en torno a un contenido fundamental (Schmitt, [1932]2009), que en España será esa unidad de creencias católicas, depositarias del alma española. Por tanto, el eslabón con esa reacción política decimonónica está soldado a la pertinaz atribución ontológica de España y lo hace mediante la continuidad de rasgos de cierta tradición religiosa anclados en la obediencia. De otro lado, como esa obediencia interiorizada, de sentido común o de hegemonía no se veía instaurada al gusto de muchos intelectuales, estos mismos —de la talla de Ganivet, Unamuno, Maeztu o el mismo Ortega y Gasset— irán pontificando en esa retórica la necesidad de ese célebre cirujano de hierro, de ese incendio purificador, de esa mano firme e incorrupta que no tiembla para sentenciar un sometimiento a un alma española espiritualista, inmaterial, trentina, esencialista, imperial, castiza, que será bien aprovechada por el futuro fascismo falangista nacionalsindicalista, bien pronto dotado de una tradición ya homeada por esos intelectuales, rápidamente incorporada también por el nacionalcatolicismo, aunque para algunos de ellos ese catolicismo, que se habría apoderado de toda la vida político social, fuese una degradación del cristianismo (p. 59).

«El desastre de Annual y el periodo de entreguerras europeo. Nacimiento del discurso fascista» (pp. 61-72), capítulo IV, sirve de marco temporal del surgimiento explícito del discurso fascista en España. El denominado desastre de Annual, sirvió de acicate para la implantación de la dictadura de Primo de Rivera, ampliamente apoyada no

solo por las derechas y todas las burguesías, sino también por la propia UGT o el PSOE. Fernández Riquelme analiza con detalle el manifiesto de los sublevados (pp. 62-65), donde se aprecian nuevos componentes para fortalecer la hegemonía reaccionaria, pues deben adaptarse a los nuevos procesos políticos (acababa de fundarse el Partido Comunista de España y el anarcosindicalismo era, sin duda, la fuerza obrera más consolidada). Los nuevos sujetos reaccionarios pretendían adocenar el movimiento obrero mediante ideas provenientes de la Italia fascista (el corporativismo y el verticalismo), sin olvidar el esencialismo de *trono y altar*, aunque el rey Alfonso XIII fuera aparentemente silenciado. Emerge también la idea del ‘cuerpo sano’, germinada en la Inglaterra del siglo XIX como pieza fundamental de su expansionismo imperial. También se precisa rehacer la masculinidad, haciendo explícita la dimensión machista, depositada en otra instancia que recobra fuerza en el aparato ideológico de la españolidad, el Ejército, salvador de los valores españoles. Entre todo este arbotante ideológico, Fernández Riquelme destaca a José Pemartín como gozne contrarrevolucionario entre los apoyos políticos de Miguel Primo de Rivera y de Franco, dado que conectaba lo que serían dos dictaduras, tejiendo un nuevo ropaje que armonizó las que para los reaccionarios eran atractivas ideas del *fascio* italiano con las del tradicionalismo español, ya bien reposado en el XIX.

En España el arranque del fascismo tendrá un inicio titubeante, pues rompía la tradición clérigo-militar, iniciando una política de masas. Destaca en ese tiempo de entreguerras uno de los futuros fundadores de Falange, Rafael Sánchez Mazas, enviado como corresponsal por el periódico *ABC* a Roma (1922-1929). Esa nueva pluralidad la comprimirá el mismo Franco en 1937, con el llamado decreto de unificación de tradicionalistas y de falangistas de abril de 1937, el *albondigón*, que así es como era conocido entre los miembros de Falange y algunas jefas de la Sección Femenina, como Mercedes Formica (Soler Gallo, 2018). Se continuaba una retórica tradicional, incrementada por la exaltación emocional que después dejaría de lado todo tipo de discurso para encomendarse a la violencia como categoría política principal. También Ernesto Giménez Caballero, otro profesor y escritor fundador de Falange, incorporó a la tradición fascistorreaccionaria la tauromaquia como otro aspecto principal de la españolidad, de manera que seguía construyendo esa zona interna del llamado *no ser fanoniano* (Cf. Fanon, [1952]1973), que eliminaba de la españolidad a quien no coincidiera con esas formas de ser y de estar.

En el capítulo V, «Ramiro de Maeztu y los dispositivos reaccionarios: la Hispanidad y Acción Española» (pp. 73-79), Fernández Riquelme se centra en la obra de Ramiro de Maeztu, escritor habitualmente clasificado como miembro de la llamada Generación del 98 que abona los planteamientos reaccionarios con obras como *Hacia otra España*, *La crisis del humanismo* o *Defensa de la Hispanidad*, asimismo como fundador de la revista netamente antirrepublicana *Acción Española*. Con estas publicaciones, se pretendía enlucir un sentimiento de orgullo más imperial que nacional

llamado 'hispanidad', una hispanidad amplia, con capital en Lisboa, para mirar cara a cara a los hermanos de sangre de América (p. 75). Por otra parte, durante este tiempo republicano las derechas, especialmente la CEDA, siguieron alimentando el mito anti-comunista como formidable enemigo que servía de fantasma para la unidad no solo contrarrevolucionaria, sino también anchamente conservadora, también «cavernícola», como apuntó García Santos (1980).

Con el orgullo por un lado (el imperio) y con el miedo por otro (el comunismo), se ampliaba la resonancia de un discurso violento, exacerbado y mendaz que preparaba la legitimidad política de lo que en la década de los treinta sería un redoblado clamor de sables que iba operando para naturalizar la necesidad de un inminente golpe de estado. Con la 'hispanidad' se declaraban las hostilidades a una España decadente por influencia extranjera, por flojera de sus élites y desilusión de su pueblo. Cualquiera que no entrase en ese patrón era excluido, también violentamente, obvio es.

«El discurso del nacionalcatolicismo y el tardofranquismo» (cap. VI, pp. 81-99) se ocupa de las singularidades temáticas y discursivas transmitidas a partir del llamado nacionalcatolicismo y del tardofranquismo. Se analiza el discurso golpista de Franco en Tetuán, el 17 de julio de 1936, texto prototípico que invoca la violencia política para aplicar el «bálsamo purificador» contra la revolución española, calificada como caótica, antiespañola, antimasculina, odiante, desde el punto de vista emanado de la trilogía franquista (fraternidad, libertad e igualdad).

También se ocupa del terrorismo como categoría de acción política nodal en textos del general Mola, con declaraciones indudables como «Hay que sembrar el terror» (p. 89) o la apuesta por la eliminación de los que no piensen como nosotros, sin pestañear (p. 90), de modo que España debería ser antipolítica, si bien para ser español había que merecerlo, con lo que deben visualizarse muy bien los bandos en lucha para hacer una cruzada. Es decir, había que establecer una indudable semiótica de guerra (p. 93). También son contemplados algunos textos de Arrese o de Fernández de la Mora, especialmente de este último (*El crepúsculo de las ideologías*, 1965), donde anuncia claramente la ideología de la *reconciliación* y la necesidad de un *Estado corporativo* gobernado mediante la *democracia orgánica* y el *realismo capitalista*.

El cap. VII, «Transición y democracia. AP y PP: liberales con rémoras del pasado» (pp. 101-111), analiza este periodo a partir de la terminología más usada (por ejemplo, por qué se dice *transición* y no *reinstauración democrática*)², sin perder de vista que la unidad indisoluble de España actúa una vez más como trasfondo ideológico. La tecnocracia, sin que se haga nominalmente tan explícita, va calando en la escena política, tanto como la política como solución de los problemas, siempre que se tenga en cuenta la necesidad imbatible del olvido (p. 104). Quizá en este capítulo se produzca

² Para este periodo, resulta fundamental el trabajo elaborado por Santiago Guervós (1992).

un cambio abrupto en el análisis, pues da la impresión de que se maneja mucha información consabida que acaso ignore parte del público lector.

En este capítulo, asimismo, se examina el viraje ideológico de un partido como el PSOE, que repentinamente empezó a ser importante y fundamental en la urdimbre de esa llamada Transición, haciéndose una agrupación política más conservadora, especialmente en lo económico y en lo educativo, pues reafirmó la alianza Estado-Iglesia en el ámbito escolar. Se configura con ello lo que Fernández Riquelme denomina «revolución conservadora», cimentada en la presunta y discursiva eficiencia de lo privado y en la libertad de elegir centro educativo. Según el profesor Fernández Riquelme, esos *nietos de Cánovas*, como presencia de los *neoon* en España (p. 109), se explayaban discursivamente en un supuesto carácter emprendedor que precisaba de una deslegitimación constante de cualquier gobierno de izquierdas, postura que no era sino una manifestación actualizada de esa intolerancia política al Otro, acompañada de un enconamiento discursivo, que — como se aprecia a lo largo del libro — tampoco fue novedoso.

«Posfascismo» (pp. 113-147) es el capítulo VIII, donde se aprecia una gran calidad en contenidos y reflexiones que discuten o clarifican la categoría 'posfascismo'. El discurso reaccionario, una vez más, se actualiza y se rehace en parte, desde el contexto originariamente estadounidense hasta el contexto español. De ese modo, Fernández Riquelme señala que aquí se sustituyó la raza por la cultura, por lo autóctono, por lo español genuino, posiblemente como movimiento contra la apertura de finales de los 50 hacia el exterior (liberalismo económico, turismo, etc.). Se entiende la igualdad como reducción de libertad y de diferencia, con unos poderes económicos en la trastienda que tutelen el proceso, pues debe quedar claro que el único Dios pasa a ser la economía y el dinero, sin olvidar al Dios antiguo. La oligarquía trabajó a fondo su lenguaje y planteó un ocultamiento de las armas y de las amenazas directas, de manera que emerge lo que Santiago Guervós (2015) asocia a la estrategia populista de la posverdad, caracterizada por Fernández Riquelme como una acción discursiva ideada para el mínimo esfuerzo que, desde el entorno reaccionario, entroniza la violencia simbólica. A la hora de explicar dicho encumbramiento, el autor trabaja con dos antagonismos, orden liberal vs. orden fascista, velado este último en otros símbolos y mediante otras estrategias. Surge la cuestión, con todo, si hay banalización de los términos 'nazi' y 'fascista'. En esa actividad discursiva de los grupos reaccionarios, Fernández Riquelme presenta un interesante texto de Jorge Alemán donde enfatiza que el llamado neoliberalismo precisa de la *bestia salvadora*, tal fascismo amenazante, que astutamente señala a quienes critican el sistema de desigualdad, y no a quienes lo mantienen y lo fortalecen. Se trata de una estrategia que comparten neoliberalismo y fascismo: esconder la ideología y ocultar la política, casi eliminándolas, porque las propuestas de ambos sistemas son exhibidas desde la irrefutabilidad. Tanto neoliberalismo como fascismo se entretejen desde postulados de lo que entienden por sentido común, lo único que puede llegar a ser. Fuera de sus ideas no hay nada, hay

política. Desde esa idea fuerza de la no política, ejemplificada especialmente a través del discurso de Falange, Fernández Riquelme reitera el análisis del discurso fascista español, cuya raigambre proviene del mismo entorno fundacional del *fascio* italiano: el ideogema de la no política o apoliticismo, perdurable en esa masa que no quiere saber ni entender nada de política (*vid.* Faye, [1972]1974, pp. 50-64 y 77-88). De ahí la invocación continua de polarizaciones ensambladas (p. ej., anarcocapitalismo, p. 144), desplazamientos, deslizamientos e inversiones discursivas donde los reaccionarios se sienten víctimas que deben reaccionar para que no gane el mal.

El capítulo IX, «Vox y la nueva derecha soberanista» (pp. 149-187), retoma el análisis de algunas dicotomías: ‘nacionalista’ vs. ‘soberanista’, de cuño reciente, por influjo de S. Bannon, politólogo norteamericano y aclamado asesor, fundamental en la elección del presidente D. Trump (2017-2021). Así, lo *soberanista* sería la defensa frente a una fuerza exterior, de modo tal que persiste la centralidad de la fuerza militar para impedir la consolidación democrática misma, ya que la Constitución lo ampara. En esa línea, se examina la *Declaración de militares retirados ante la situación actual de España* (pp. 151-152), interpretada como una continuidad histórica del *golpismo* militar, orientado hacia el enemigo interior. El partido Vox da salida a esas pulsiones contrademocráticas, de espíritu español cerril; son pulsiones que propugnan la desigualdad, pues el propio sindicato fomentado por Vox la justifica: «los ricos son ricos por naturaleza» (p. 161). En definitiva, el discurso *voxiano*, según el profesor Fernández Riquelme, es un discurso vacío, que carece de un aparato ideológico elaborado, pues no le hace falta, ya que, ciertamente, «[e]l discurso reaccionario impide el debate ideológico fuera de los marcos mentales maximalistas y el avance en derechos ciudadanos al establecer sus postulados políticos como dogmas» (p. 185).

En resumidas cuentas, este libro es una magnífica aportación al estudio cívico democrático de los discursos políticos, tanto más porque una de las grandes conclusiones es que el discurso es un arma cargada de futuro, pero también de mucho pasado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Conde, J. L. (2008). *La lengua del imperio. La retórica del imperialismo en Roma y la globalización*. Alcalá Grupo Editorial.
- Di Stefano, M. (2009). *Políticas del lenguaje del anarquismo argentino (1897-1917)* [Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires].
- Fanon, F. ([1952]1973). *Piel negra, máscaras blancas*. Trad. de Ángel Abad. Abraxas.
- Faye, J-P. ([1972]1974). *Los lenguajes totalitarios. La razón crítica de la economía narrativa*. Vers. esp. de Miguel Ángel Abad. Taurus.
- García Santos, J. F. (1980). *Léxico y política de la Segunda República*. Universidad de Salamanca.
- Klemperer, V. ([1947]2012). *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Trad. de Adan Kovacsisc. Minúscula.

- Núñez Seixas, X. M. (2005). Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005. *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, 4(2005), 83-116.
- Rendueles, C. (2020). *Contra la igualdad de oportunidades. Un panfleto igualitarista*. Seix Barral.
- Rossi-Landi, F. (1980). *Ideología*. Trad. de Esteban Rimbau Sauri. Labor.
- Santiago Guervós, J. de (1992). *El léxico político de la transición española*. Ediciones Universidad de Salamanca.
- Santiago Guervós, J. de (2015). La relexicalización en el discurso político actual: el ejemplo de *populismo* a través de la prensa española. *Boletín de la Real Academia Española*, 95(312), 471-500.
- Schmitt, C. ([1932]2009). *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Vers. de Rafael de Agapito Serrano. Alianza.
- Soler Gallo, M. (2018). *Aportaciones al estudio del lenguaje falangista y su representación en la elaboración del ideal de mujer azul de la Nueva España (1933-1945)* [Tesis doctoral, Universidad de Salamanca].
- Thomas, W. I. y Thomas, D. S. (1928). *The child in America: Behavior problems and programs*. Alfred A. Knopf.
- Žižek, S. ([1989]2003). *El sublime objeto de la ideología*. Trad. de Isabel Vericat Núñez. Siglo XXI Editores.

Antonio Daniel FUENTES GONZÁLEZ
Universidad de Almería
dfuentes@ual.es
<https://orcid.org/0000-0002-6315-3253>